

continuasen todavia en decirnos, que quien nos ordena, que nos acordemos de él, no nos dá su propia substancia, será preciso finalmente pedirles se concuerden consigo mismos, pues protestan, que no niegan en la Eucaristía la Real Comunicacion de la propia substancia del Hijo de Dios. Con que si sus palabras son serias, si su doctrina no es una ilusion, es necesariamente forzoso, que ellos digan con nosotros, que la memoria no excluye toda especie de presencia, sino solamente la que pulsa, y toca, ó hierre á los sentidos. Su respuesta será la nuestra: pues diciendo, que Jesu-Christo está presente, nosotros reconocemos al mismo tiempo, que no lo está de un modo sensible, y material.

Y si se nos preguntase, de donde procede que creyendo nosotros, como lo hacemos, que no hay en este Sagrado Misterio cosa que toque á los sentidos, no creamos que baste, que esté presente en él Jesu-Christo por la fé: es tan facil responderles, como deshacer y quitar la visible y crasa equivocacion que ellos padecen: Porque una cosa es decir: Que el Hijo de Dios nos sea, y esté presente por la fé; y otra cosa es decir, que sepamos por la fé que está presente. El primer modo de decir, solo supone una presencia moral: y el segundo nos significa una muy

Real, y física presencia: porque la fé es muy verdadera: y esta presencia real, conocida por la fé basta para obrar en el (a) *Fusto, que vive de ella*, todos los efectos, que ya hemos notado con mayor claridad.

CAPITULO XII.

Exposicion de la Doctrina de los Calvinistas á cerca de la realidad.

MAS para quitar de una vez todos los equívocos, ó equivocaciones, de que en esta materia usan los Calvinistas, y manifestar al mismo tiempo hasta qué punto, y termino se acercan á nosotros, aunque solo emprendí explicar la doctrina de la Santa Iglesia Catholica, será conveniente añadir aqui la exposicion de sus pareceres, y creencia.

Su doctrina tiene dos partes. La una solo trata de la figura del Cuerpo, y de la Sangre. La otra solamente habla de la realidad del Cuerpo, y de la Sangre. Y asi, vamos á vér con orden, y clara distincion cada una de estas dos partes.

Primeramente dicen los Calvinistas, que este

(a) *Habac. 2. 4.*

te gran milagro de la presencia real, que nosotros los Catholicos admitimos, no sirve de nada, y que para nuestra salvacion basta, que Jesu-Christo hubiese muerto por nosotros: Que este Sacrificio nos es suficientemente aplicado por la fé: y que esta aplicacion nos es bastante certificada, y testificada por la palabra Divina. Tambien añaden, que si es necesario revestir esta palabra con signos sensibles, basta con darnos simples Symbolos, tales como el agua del Bautismo, sin que sea necesario hacer, que descienda de el Cielo el Cuerpo, y la Sangre de Jesu-Christo: Hasta aqui ellos. Y nada parecia mas facil, que este modo de explicar el Sacramento de la cena. Pero sin embargo, nuestros mismos contrarios no han creído deberse contentar con esto solo. Ya saben ellos, que semejantes imaginaciones ocasionaron á los Socinianos el monstruoso exceso de negar un tan gran milagro, como es el de la Encarnacion. Dios, (dicen estos ultimos hereges) podia salvarnos sin tantos rodeos: no tenia que hacer mas, que perdonarnos nuestras culpas, y podia instruirnos suficientemente, asi para la doctrina, y como para las costumbres, con las palabras, y con los exemplos de un hombre lleno del Espiritu Santo, sin que fuese menester para esto hacer de él un Dios.

T

Pe-

Pero los Calvinistas han reconocido, no menos que nosotros, la debilidad de estos argumentos, la qual se manifiesta, lo primero, en que no pertenece á nosotros negar, confesar, asegurar, ó afirmar los misterios, segun que nos parezcan utiles, ó inutiles para nuestra salvacion: porque solo Dios sabe el arcano secreto de ellos, y á nosotros solo toca el oficio de hacerlos utiles, y saludables para nosotros, creyendolos, como él los propone, y recibiendo sus gracias del modo, que nos las franquea: Lo segundo, sin internarnos en la quesion de saber, si era posible á Dios salvarnos por otro medio, que el de la Encarnacion, y muerte de su hijo: y sin mezclarnos, ni meternos en aquella inutil disputa, que los de la Religion en pretension reformada tratan tan dilatada, y diffusamente en sus Escuelas, es suficiente haber aprendido por las Santas Escrituras, que el hijo de Dios quiso testificarnos su infinito amor por medio de efectos incomprehensibles. Este amor fue la causa de esta tan real union, por la qual se hizo hombre. Este amor, le compelió á sacrificar por nosotros este mismo cuerpo tan realmente, como lo tomó. Todos estos designios é intentos se subsiguieron, y son tan conseqüentes, como connexos. Y este amor se mantiene en todas partes con la misma fuerza, y entereza. Por lo qual,

quant.

quando sea de su agrado hacer percibir á cada uno de sus hijos, dándose á él en particular, la bondad que testificó á todos en general, encontrará el medio de satisfacerse á sí mismo por cosas tan efectivas, y reales, como las que yá por nuestra salvacion habia cumplido. Y así no debe admirar, que dé á cada uno de nosotros la propria substancia de su Carne, y de su Sangre; pues lo hace para imprimirnos en el corazon, que por nosotros las tomó, y ofreció en sacrificio. Lo que precedió nos hace creíble lo que subsiste, y sigue; esto es, nos compele á creer toda esta connexâ continuacion: el orden de sus misterios nos dispone á creer todo esto, y su palabra expresa no nos permite dudarle.

Pero nuestros contrarios han visto muy bien, y aún han confesado, que unas simples figuras, y meros signos del Cuerpo, y Sangre no contentarian á los catholicos christianos, acostumbrados á las bondades de un Dios, que se dá, y entrega á nosotros tan real, y verdaderamente. Por esto no quieren se les acuse de negar una participacion real, y substancial de Jesu-Christo en la cena de ellos. Pues aseguran, como nosotros, que el Señor nos hace en ella participes de *su (a) propria substancia:* tam-

(a) Cant. Dom. 53.

tambien dicen, (a) *que nos alimenta, y vivifica con la substancia de su Cuerpo, y de su Sangre;* y juzgando, que no sería suficiente, que él nos mostrase por algun signo, que nosotros tuviesemos parte en su Sacrificio, dicen expresamente, (b) *que el Cuerpo del Salvador, el qual se nos dió en la cena, nos lo certifica:* Palabras muy notables, que ahora inmediatamente exâminaremos.

Ved há, pues el Cuerpo, y la Sangre de Christo Señor nuestro, presentes en nuestros Misterios por la misma confesion de los Calvinistas: porque lo que es comunicado *segun su propria substancia,* debe ser, y estar realmente presente. Verdad es, que ellos explican esta comunicacion diciendo, que se hace en espiritu, y por fé. Pero tambien es constante, que ellos quieren que la misma sea real. Y porque no es posible hacer, ni dar á entender, que un Cuerpo, que no nos es comunicado, sino en espiritu, y por fé, se nos comunique realmente, y en su propria substancia: por esto no han podido permanecer firmes en las dos partes de una doctrina tan contradictoria: y así se

(a) Confess. de fé art. 36.

(b) Cat. Dom. 52.

se han visto precisados á confesar dos cosas, que no pueden ser verdaderas, sino presuponiendo, y sentando lo que la Catholica Iglesia enseña. La primera de estas dos cosas confesadas por ellos, es, que Christo Señor nuestro nos es dado en la Eucharistia de un modo, que no conviene al bautismo, ni á la predicacion del Evangelio, y que es todo proprio de este misterio. Vamos, pues, á averiguar la consecuencia de este principio; pero veamos antes como se nos concede por los de dicha religion reformada. No referiré aqui los testimonios de Autor alguno particular, sino solo las proprias palabras de su Catecismo en el lugar donde él explica lo concerniente al misterio de la cena. Dice, pues, en terminos formales, no solamente que Christo nos es dado en la cena en verdad, y *segun su propria substancia*; sí tambien, *que aunque él nos sea verdaderamente comunicado por el Bautismo, y por el Evangelio, sin embargo, esto solo es en parte, y no plenamente*. De lo qual se sigue, que nos es dado en la cena plenamente, y no solo en parte.

Pero hay una suma diferencia entre recibir *en parte*, y recibir *plenamente*. Pues, si se recibe á Christo en todas partes, esto es, en qualquier lugar en parte, y solo en la cena *plenamente*

mente, se sigue de el consentimiento, y confesion de nuestros contrarios, que es forzoso buscar en la Cena una participacion que sea propria de este misterio, y que no convenga al Bautismo, ni á la predicacion; pero al mismo tiempo se sigue igualmente, que esta participacion no está unida, ni atada á la fé; pues difundiendo ésta generalmente en todas las acciones del Christiano, se halla en la Predicacion, y en el Bautismo, no menos que en la Cena. Verdaderamente es cosa notable, que por grande que haya sido el deseo, que han tenido los pretendidos reformadores de igualar el Bautismo y la predicacion á la Cena, en que Jesu-Christo nos es verdaderamente comunicado, no han osado decir en su Catecismo, que Christo nos fue dado en su propria substancia en el Bautismo, y en la predicacion, como lo han dicho de la Cena. Pues han visto, y confesado, que no podian reusar el atribuir á la Cena un modo de poseer á Jesu-Christo, que fuese particular á este Sacramento: y que la fé, la qual es comun á todas las acciones del Christiano, no podia ser este modo particular. Pues este particular modo de poseer á Jesu-Christo en la Cena debe ser tambien real; porque concede, y dá á los fieles la propria substancia del Cuerpo, y

Sangre de Christo. De tal manera, que es forzoso concluir de lo mismo concedido por ellos á nosotros, que hay en la Eucaristía un real modo de recibir el Cuerpo, y Sangre de nuestro Salvador, que no se hace por la fé: Y esto es lo que la Iglesia Catholica enseña.

La segunda cosa concedida por los pretendidos reformadores, se deduce, y evidencia de el articulo, que inmediatamente se sigue al que ya cité de su Catecismo; y es, que el (a) *Cuerpo de nuestro Señor, y Padre Jesus, en tanto, que él fue una vez ofrecido en sacrificio para reconciliarnos con Dios, nos es dado ahora para certificarnos que tenemos parte en esta reconciliacion.*

Y si estas palabras tienen algun sentido, si no son un inutil sonido, y un vano entretenimiento, deben darnos á entender, que Christo no nos dá un Símbolo solamente, sino su propio Cuerpo, para certificarnos de que tenemos parte en su Sacrificio, y en la reconciliacion del genero humano. Luego, si el acto de recibir el Cuerpo de N. S. Jesu-Christo nos certifica la participacion del fruto de su muerte, precisamente es necesario que esta participacion de fru-

(a) Dom. 52.

to sea distinta de la recepcion del cuerpo, pues la una es prenda de la otra. De lo qual, pasando mas adelante, digo, que si nuestros contrarios se vén compelidos á distinguir en la Cena la participacion del Cuerpo del Salvador, separandola de la participacion del fruto, y de la gracia de su Sacrificio, tambien es forzoso, que distingan la participacion de este Divino Cuerpo, de toda la participacion que se hace espiritualmente, y por la fé. Porque esta ultima participacion jamás les proveyerá dos acciones distintas, de tal suerte, que por una de ellas reciban el Cuerpo del Salvador, y por la otra el fruto de su Sacrificio, no pudiendo hombre alguno concebir, qué diferencia se halle entre participar por la fé del Cuerpo del Salvador, y participar por la misma fé de el fruto de su muerte. Luego es necesario reconozcan, que á mas de la Comunión por la qual espiritualmente participamos de el Cuerpo de nuestro Salvador, y juntamente de su Espiritu, recibiendo el fruto de su muerte, hay todavia una real comunión del Cuerpo del mismo Salvador, que nos es prenda cierta, de que la otra nos está asegurada, si nosotros no impedimos el efecto de semejante gracia por nuestras malas disposiciones. Esto se halla necesariamente com-

V 2

pre;

prehendido en los prinpios, en que ellos convienen; y jamás explicarán esta verdad de un modo algo sólido, si no se convienen, y reducen al catholico dictámen de la Santa Iglesia.

¿Quién no admirará aqui la poderosa fuerza de la verdad? Todo lo que se sigue de los principios concedidos y confesados por nuestros contrarios, se entiende perfectamente en el sentir, y dictámen de la Santa Iglesia. Aún los menos instruídos Catholicos conciben sin dificultad que hay en la Eucharistia una Comunión con Christo, la qual no hallamos en ninguna otra parte. Y les es facil entender, que su Cuerpo *nos es dado para certificarnos de que tenemos parte en su Sacrificio, y en su muerte.* Asi distinguen los Catholicos clara, sincera, y lisamente estos dos necesarios modos de unirnos con Jesu-Christo: el uno, recibiendo su propia Carne; y el otro, recibiendo su Espiritu: el primero de los quales nos está concedido como una prenda segura del segundo. Pero como estas cosas son inexplicables en el sentir de nuestros contrarios, aunque por otra parte no puedan desconocerlas, ni improbarlas, es necesariamente preciso concluir, que el ciego error les ha abismado en una manifiesta contradicción.

Por-

Por lo qual me he admirado muchas veces de que no hayan explicado su doctrina de un modo mas sencillo; de que no han persistido siempre en decir, ahorrando de modos tan diversos, que habiendo Christo derramado su Sangre por nosotros, nos habia representado esta efusion, dandonos dos distintos signos del Cuerpo, y de la Sangre: que hubiese tenido á bien dar á estos tales signos el nombre de la cosa misma: que estos signos sagrados nos eran prendas, de que participabamos del fruto de su muerte, y que eramos alimentados espiritualmente por la virtud de su Cuerpo, y de su Sangre. Porque habiendo ellos hecho tantos esfuerzos para probar, que los signos reciben el nombre de la cosa, y que por esta razon, el signo del Cuerpo se ha podido llamar Cuerpo, toda esta seqüela, y continuacion de doctrina les precisaba naturalmente á insistir, y mantenerse en ella. Mas para hacer eficaces estos signos, bastaba que la gracia de la Redempcion estuviese afecta, y unida á ellos; ó por mejor decir, segun sus principios, que nos fuese confirmada en ellos. Para esto no era necesario atormentarse, como lo han hecho: en darnos á entender, que nosotros recibimos el propio Cuerpo del Salvador, para certificarnos de que participamos de la gra-

cia

cia de su muerte. Estos Señores míos se habían contentado muy bien con tener en el agua del Bautismo un signo de sangre, que nos lave: y no habían advertido decir, que recibiesemos en ella la propia substancia de la sangre del Salvador, para hacernos ciertos de que su virtud se deriva, y desplega en ella sobre nosotros. Y si ellos hubieran discurrido del mismo modo en el asunto de la Eucaristía, su doctrina se hubiera hallado menos embarazosa, y confusa en él. Pero ya se sabe, que los que inventan, é innovan, no pueden decir todo lo que se les antoja, y quieren; pues hallan verdades constantes, y máximas establecidas, que no solo les incomodan, sino que les compelen á forzar, y violentar sus mismos discursos, y conceptos. Los Arrianos hubieran querido muy bien no conceder al Salvador el nombre de Dios, ni de Unico Hijo. Los Nestorianos no admitían, sino con disgusto, en Jesu-Christo aquella no sé qual unidad de persona, que vemos en los escritos. Los Pelagianos, que negaban el pecado original, hubieran tambien negado gustosos, que el Bautismo se debiese administrar á los niños en remision de sus pecados; pues por este medio se hubieran desembarazado del invencible argumento, que los Catholicos deducian de esta práctica,

pa-

para probarel pecado original. Pero como ahora hemos dicho, los que encuentran algo establecido, no tienen el atrevimiento de arruinarlo todo de una vez. Si los Calvinistas nos confesáran de buena fé la verdad, por cierto se hallarian muy dispuestos á reconocer solamente en la Eucaristía el Cuerpo de Christo en figura, y sola la participacion de su espiritu en efecto, dexando á parte aquellas grandes palabras de participacion de propia substancia, y otras muchas, que denotan, y señalan una presencia Real, y que no hacen otra cosa, que embarazarles. Ciertamente hubiera sido muy de su gusto no confesar en la Cena comunión alguna con Jesu-Christo, sino la que se halla en la predicacion, y en el Bautismo, sin venir á decirnos como lo han hecho, que en la Cena *se le recibe plenamente*, y en otro qualquier lugar *solo en parte*. Pero aunque esta fuese su inclinacion, y deseo, la fuerza de las palabras les resistia á ella. Habiendo dicho el Salvador tan precisamente hablando de la Eucaristía: *Esto es mi Cuerpo: Esta es mi Sangre*, lo qual nunca dixo de otra cosa alguna, ni en ninguna otra ocasion. Pregunto, qué apariencia puede encontrarse de hacer comun á todas las acciones del Christiano, lo que su palabra expresa, y no figurada, unió, y fixó á un Sacramento parti-

cu-

cular? Y despues de esto, todo el orden de los Divinos consejos, la continuacion, y série de los Misterios y de la doctrina, la intencion de Christo nuestro bien en la Cena, las mismas palabras de que usó este Señor, y la impresion, que naturalmente hacen en el animo, é interior de los Fieles, no dán, ni ofrecen otra cosa, que idéas de realidad, y verdad. Este es el motivo, por qué ha sido preciso, que nuestros contrarios buscasen ciertas palabras, cuyo sonido, á lo menos, diese alguna tal qual idéa, aunque confusa, de esta misma realidad. Pero lo cierto es, que quando hay union, inclinacion, aficion, y amor, ó totalmente á la fé, como lo practican los Catholicos, ó enteramente se tiene esta inclinacion, y amor á la humana razon, como lo hacen los Infieles, se puede establecer una série, continuacion, ó conseqüencia, y hacer como un plan, ó proyecto unido de doctrina, para ir manteniendo, y formando el error: pero quando se intenta hacer un compuesto, ó mixto de lo uno, y de lo otro, siempre se prorrumpe en hablar mas de lo que se pudiera decir: y consiguientemente se cae en opiniones, cuyas contrariedades por sí solas dan á ver manifestamente toda la falsedad enteramente clara.

Esto es lo que sucedió á los de dicha Religion

gion en pretension reformada: y Dios lo ha permitido de esta suerte para facilitarles su regreso, y restitucion á la Catholica unidad. Porque respecto de que su propria experiencia les dá á vér, que es necesariamente forzoso explicarse como nosotros, para hablar el idioma de la verdad; acaso no deberían juzgar, que es preciso pensar, como nosotros para oirla, y entenderla bien? Si es manifesto, que observan, y notan en su propria creencia unas cosas, que no tienen sentido alguno, sino solo en el nuestro: pregunto, no es esto sufficientísimo para convencerles de que la verdad no se halla totalmente entera, y llena, sino solo entre nosotros? Y que aquellas particulas despegadas, y desunidas de la doctrina Catholica, que aparecen en tal qual parte esparcidas en su Catecismo, pero que piden, y claman, digamoslo asi, por reunirse á su todo, por ventura no deben hacerles buscar diligentemente en la Comunión de la Santa Iglesia una plena, y entera explicacion del Misterio de la Sagrada Eucaristía? Sin duda vendrian, y recurririan á ella, si los humanos discursos no embarazáran su fé, demasiado dependente de los sentidos. Pero habiendoles demostrado el fruto, que deben sacar de la exposicion de su doctrina, continuemos, y acabemos de explicar la nuestra.